

A Manera de conclusiones

La Red de Creación Escénica RCE de la ciudad de Medellín está constituida por 13 organizaciones: 12 entidades artísticas que conforman la Red, sumada la Secretaría de Cultura Ciudadana que actuaría como la 13ª entidad. En 2019, a partir de un incremento presupuestal, pasó a tener más de 1000 beneficiarios, a diferencia de 2018 en que se impactaron 720. Son entonces, 36 procesos activados en el presente año, 3 por organización, con 12 semilleros y 24 laboratorios diseminados en comunas, barrios y corregimientos de la ciudad.

La RCE es rizomática, esto es, se configura como un dispositivo, a la manera foucaultiana, de prácticas, discursividades, apuestas estéticas, perfiles formativos, intercambios, encuentros (y a veces desencuentros), sin un eje central o cabeza que configure una línea particular de acción o un “deber ser” sobre el que las organizaciones se orienten y formulen sus directrices. La misma Secretaría de Cultura, a pesar de constituirse como el ente oficial, ha sabido articularse a este engranaje asumiendo una actitud de diálogo, permeable y propositiva, que, si bien debe responder a unos lineamientos específicos venidos de una estructura administrativa, ha sabido, en manos de supervisoras, interventoras y consultoras, mantener una postura de apertura, de escucha y receptividad, ante las dinámicas que la diversidad que la configura, suscitan.

Este rizoma-red, este entretejido de visiones, se ensambla a partir de las diferencias que distinguen a cada organización: apuestas estéticas particulares en cuanto a los productos artísticos que surgen de su ejercicio creativo; posturas políticas diversas en relación con líneas de acción y participación en la vida pública y en las maneras de relacionamiento con la ciudadanía; agenciamientos diferenciados a nivel de relaciones territoriales y poblaciones con las que avanza sus procesos; líneas de acción formativa particularizadas a partir de los mismos modos de interrogarse y reconocer sus especificidades y estrategias de proyección. Cada una de las organizaciones que se articula en la RCE establece sus apropiaciones con los grupos de trabajo en los territorios, aplica unas técnicas y herramientas

afines con sus tendencias estéticas y configura unos resultados artísticos en la vía de sus convicciones y sus apuestas de ciudadanía. En ese ser diferentes radica una de sus mayores potencias, en cuanto a partir de unos propósitos comunes, abarcan en el territorio en amplitud de discursividades y prácticas magnificando la diversidad.

Esta Red, de entrada, es una estrategia política; cada grupo ha apropiado un saber, sea por tradiciones, por experticia, por trabajo comunitario. Saber es un poder para hacer algo. Ese poder define la apuesta formativa, estética y política que cada grupo instaura. Esta estrategia de articulación en Red es un fenómeno modélico en el país; se establece como un programa piloto que amerita una mayor certeza de su pertinencia, su impacto y relevancia para la promoción, consolidación e incluso, transformación de la cultura en la ciudad y con alto grado de influencia a nivel departamental e incluso nacional.

1. Logros que la investigación identifica de la RCE

El sector de las artes escénicas, esto es, el sector teatral de la ciudad es ampliamente crítico y analítico de las realidades que atraviesan nuestra sociedad en su conjunto y en sus contextos barriales, y altamente participativo en cuanto a la incidencia que ejerce en los beneficiarios directos y los indirectos que confluyen en los procesos y son receptores y copartícipes de todas estas dinámicas de creación y formación. Las diferencias entre estos 12 nodos no se han dado a priori sino como resultado de sus procesos en relación con los contextos y la historia socio política que han ido estableciendo las líneas y apuestas estéticas que los distingue. No obstante, estas particularidades que son una de las potencias que permiten definir este gran proceso como Red, la mayor valía de este entramado se enmarca en los aspectos coincidentes en que las diferencias desaparecen puesto que los propósitos hacia los que todas sus acciones se encaminan la articulan como una unidad de sentido. Esta unidad de sentido es el ser humano en cuanto depositario del saber que cada una de las organizaciones configura en sus procesos formativos y creativos: trabajo corporal, sensibilidad despierta, percepción activa, receptividad atenta, trabajo en

colectivo, permisividad para ser, expresar, sentir, pensar, criticar, exigir. Las voces, al unísono de todas las organizaciones y convencidas de ello, afirman: en nuestra organización se puede “ser”. Ser en identidad política, sexual, de género; ser en el más amplio sentido de la palabra: ser para decir, ser en libertad.

La Red entonces se configura como un potencial en relación con la ciudadanía y la vida. Si bien Medellín se distingue en el país como una de las ciudades con mayor desigualdad social, esta desigualdad requiere de procesos como la RCE para mitigar estas diferencias propiciando la participación. Niños y jóvenes que pertenecen a los procesos de la Red se saben parte, se saben comunidad. La RCE es pues un tejer juntos, una comunidad de sentido que se perfila como un espacio de integración en el que se sientan bases para una ciudadanía en clave de vínculos y propósitos que configuran un nosotros. Es ésta una apuesta que se realiza con gran esfuerzo, a través de cada una de las entidades articuladas, sus formadores y líderes culturales, en medio del difícil contexto social que atraviesa el país. Líderes sociales y culturales que inciden en el territorio a pesar de los riesgos que pueden llegar a correr en medio de nuestra realidad sociopolítica. Cada formador configura un saber de lectura del contexto a partir de las poblaciones con las que trabaja y define unas estrategias para acceder a estos contextos y grupos que se refinan cotidianamente a la luz de la actualidad y la cotidianidad de las realidades que se configuran en los diferentes sectores y territorios.

Actividades con el FestivalHito, el Foro, el primer Encuentro de la Red de Prácticas Artísticas y Culturales ciudad de Medellín en el jardín Botánico dan cuenta de la producción de conocimiento, de la multiplicidad de procesos y de productos artísticos y de la gran cantidad de beneficiarios impactados por este programa que se consolida como una gran política cultural que requiere mantenerse e implementarse.

2. Ser humano, una potencia creadora

“El ser humano participa de la fuerza de la creación. A través de él la creación se torna consciencia”.

Joseph Beuys[1]

La naturaleza humana es en esencia creativa. El ser humano amplía, con su potencialidad creadora, el mundo dado y configura su realidad dinamizándola, diversificándola, transformándola acorde con sus medios y sus capacidades de descubrimiento e inventiva. Como lo refiere el artista alemán Joseph Beuys, es un llamado a despertar una comprensión de la existencia espiritual que nos es propia, esto es, a activar un saber sobre nuestras posibilidades en cuanto co-creadores y artífices de lo posible, de la configuración de un mundo que debe seguirse construyendo y recreando. Mas para que esto sea viable, para este despertar creador del humano, hace falta una actitud renovada que se replique desde alternativas de formación libres, más allá de la escuela tradicional, para superar la presión que, Estado e intereses económicos con poder político, ejercen sobre el individuo (Bodenmann-Ritter. 1998, p. 16). Se trata de consolidar unas bases que permitan la autodeterminación y el contacto consigo mismo para la transformación del mundo. Es un llamado, desde una formación libre, a desarrollar la conciencia del niño dotándolo de una sensibilidad sobre sí mismo, la sociedad y el mundo.

Para Beuys, el arte es la base del conocimiento (Bodenmann-Ritter, 1998); de allí su célebre frase *Cada hombre un artista*[2]. Enunciado que mantiene una vigencia necesaria de reivindicar y resignificar en cuanto a nuestros propios escenarios sociales. Más allá de la pretendida pertenencia a una élite creadora nombrada como comunidad artística, es preciso considerar,

desde una perspectiva estética, el hecho de que cada ser humano tiene el derecho y la posibilidad de la exploración de su sensibilidad en ánimo de lo creativo, y a incluir en su experiencia vital acciones que lo conecten con este ámbito de la creación más allá de una producción netamente objetiva que deba entenderse como objeto artístico. Se trata entonces de favorecer el relacionamiento con el ámbito de la experiencia sensible que explora ampliamente el mundo del arte, para adaptarla a cualquier actividad de la vida común confiriéndole mayores niveles de compromiso con las propias realidades, esto es, cargándola de sentido a partir de la creatividad agenciada desde el sujeto.

Desde esta perspectiva, una formación en las artes abre la posibilidad de conectar con el ser creativo y activar la capacidad sensible. Esto no es algo que se dé espontáneamente, sino que requiere fomentarse a través de una práctica continuada. Es este un camino para la articulación de una personalidad libre, un estímulo para ser sí mismo sin constreñimientos, para consolidar la autonomía, la participación y la configuración de una sociedad autocrítica y dispuesta a hacerse cargo de la responsabilidad de habitar el mundo. La invitación de Beuys es “activar pensamiento y acción” (P. 18) para la autogestión que empodere seres autónomos, capaces de reconocer su propia realidad y emprender las acciones para realizar los cambios que requiere el mundo para su mejoramiento.

A través de este modesto recorrido por las organizaciones que articulan la RCE en la ciudad de Medellín, se visibilizan estas estrategias, en sus diversas perspectivas, de favorecer una formación a través del arte que tiende, sin reservas, a despertar un ser humano autodeterminado, crítico y capaz. Esto es posible mediante el trabajo corporal y la experiencia sensible que se avanza en cada una de los laboratorios y semilleros diseminados por toda la ciudad. (Le-Bretón 2010) en su texto *Cuerpo Sensible*, reflexiona sobre la condición humana como corporalidad, planteándose cómo, a través de la activación de la percepción mediante estímulos sensibles mediados por el afecto: “(...) prácticas como el teatro y la danza se presentarían configurando un tesoro sensorial capaz de ampliar las capacidades del ser humano en su condición artística y social, traspasando lenguajes y códigos culturales” (2010, p. 10). Son éstas, precisamente, las potencialidades que

la RCE hace posible en la diversidad de sus estrategias, en la amplitud de sus interrogantes y en la efectividad de sus agenciamientos para implementar, con las comunidades que acceden a sus espacios artísticos y formativos, acciones que permitan al ser, “ser” para sí, para el otro y *con* el otro.

Esto se da porque los formadores que participan y hacen posible este ejercicio de transmisión de saberes, se instauran en la perspectiva de constituirse como “maestros de sentido”, esto es, como aquellos maestros que son capaces “de participar en una suerte de iniciación en la formación del hombre”, al contrario del “maestro de verdad” de la escuela tradicional, “trasmisor de la rigidez de códigos y de lenguajes establecidos socialmente” (Le Breton, 2010, p. 11). El primero hace que su discípulo recorra su propio camino en el reconocimiento de su singularidad, que encuentre las vías de relacionamiento con el mundo y la construcción de su propia verdad; más que un saber brinda un “saber-ser: un saber-sentir, un saber-degustar el mundo” (le Breton, 2010, p. 29), y agencia las estrategias para dar sentido a través de los elementos que suministra a su aprendiz para que éste sea artífice de su propia existencia. Por el contrario, el segundo, replica esquemas de entrenamiento para la obediencia, para establecer en su alumno una única perspectiva de comprender el mundo, sin interés ni reconocimiento de su particularidad, de su diferencia.

En la RCE, ser formador implica pues esta afectividad propia del “maestro de sentido” al haberse él mismo, en la mayoría de las ocasiones, formado en estos procesos en los que el saber artístico transversaliza todo su proceso de vida. Así, la comprensión de la valía e injerencia del arte en sus vidas detona un deseo de liderar y replicar esta experiencia permitiendo a otros nutrirse y recorrer sus propios caminos a través del arte. Es claro que no todos los que pasan por procesos de formación artística serán por antonomasia artistas, no obstante, habrán despertado a tal punto su creatividad que pondrán, en cualquier actividad o profesión que desempeñen, el mismo compromiso, pasión y responsabilidad que el exigido y esperado del artista. Sentar las bases de la creatividad y la sensibilidad en el sujeto es la posibilidad de consolidar una sociedad más autónoma y responsable de sus decisiones y sus actos. Es el camino para

dotar a los individuos de los elementos de sentido que le permitan una voluntad de articulación y relacionamiento para una ciudadanía consensuada.

3. Ciudadanía como vivencia, como experiencia, como acción vital.

La ciudadanía es una categoría que involucra en su acepción un carácter performativo. Se trata de un ejercicio que en sí mismo implica actos de participación, de relacionamiento, de comportamiento, de moralidad, de crítica, de opinión, de reivindicación, de movilización, de creación. Más que intentar caracterizar la ciudadanía o definirla para determinarla, su performatividad exige una permanente configuración sólo posible en el aquí y ahora mediado por lo relacional, por el ejercicio del “con” en cuanto estar abierto al otro, a la alteridad, a la posibilidad de agenciarse en el encuentro para propiciar el acontecimiento.

La ciudadanía ha sido interpretada desde perspectivas críticas, políticas, antropológicas, sociales, entre otros puntos de vista pudiendo enumerar una serie de tipificaciones que intentan orientarla, perfilarla o incluso definirla cual sea la disciplina desde la que pretenda abordarse. Así, nos encontramos con ciudadanía sustancial, formal, activa, social, política, cultural, inter y multicultural, ambiental, económica, civil, cosmopolita, territorial, ciberespacial, por nombrar solo algunas de las nominaciones en las que pretende enmarcarse. De esta forma y de acuerdo con el rol en el que se circunscriba, se perfilará hacia un particular modo de visibilización y una específica forma de la participación y del relacionamiento en el ámbito de la comunidad y/o la sociedad; no obstante, esta forma fragmentada de clasificarla plantea un sujeto escindido o determinado por un único rol en cuanto a su ejercicio social.

Cuando la ciudadanía se concibe holísticamente permite una comprensión de sus alcances y su pertinencia para la sociedad. El filósofo francés Étienne Balibar explora la noción de ciudadanía definiéndola como capaz de justificar acciones destinadas a crear mundos comunes e inclusivos (BALIBAR 2013)(p. 122). Tal inclusión se expresa en una dinámica de cada vez más individuos que se encuentran en los márgenes de nuestras sociedades actuales dentro de una categoría que abre la puerta al derecho a tener derechos. Este derecho a tener derechos garantiza el reconocimiento y la participación de un cada vez mayor número de individuos en la política, y por ende en la creación de mundos comunes (p. 122). Para dar este paso hacia esta concepción creadora de mundos, Balibar se pregunta qué viene después del sujeto, respondiendo que «después del sujeto viene el ciudadano» y agrega: el «ciudadano como sujeto». (p. 123). Para lo cual, a su vez, especifica la definición de sujeto distanciándose de su acepción de súbdito, de subordinado o sumiso, de sujeto sujetado a diversos poderes, para entenderlo de un modo proactivo como “una subjetividad libre: un centro de iniciativa, autor y responsable de sus actos” (P 124-125); distinciones que Balibar retoma en un seguimiento hecho a Louis Althusser en su libro «Ideología y Aparatos Ideológicos de Estado».

En una contemporaneidad en la que divisiones, segregaciones, exclusiones, ya sea por origen étnico, condición de género, nivel económico, nacionalidad o cualquier otro argumento, se defienden como premisas de estado y banderas a seguir, es absolutamente imprescindible adoptar esta prerrogativa de ciudadanía en cuanto articulación para esa creación de mundos comunes. No ya la sujeción a poderes que reivindicar esa sumisión a las divisiones sino la subjetividad crítica, capaz de tomar las riendas para concebirse en colectividad. En este sentido entonces, es propicio el planteamiento de la filósofa española Adela Cortina (Cortina Orts 1998) al referir la ciudadanía como un “hacerse juntos”. Es en ese estar juntos que la ciudadanía se plantea como un “modo de ser libres” en el que el ciudadano busca el bien común como primera prerrogativa para su libertad en la medida en que su participación es una acción política.

También el filósofo francés Jean-Luc Nancy, en la introducción que hace al libro de Roberto Esposito *Communitas*, perfila esta posibilidad de concebir ese “ser en común” como la prevalencia del “ser-juntos”, como la posibilidad que configura la disposición al encuentro, al relacionamiento y que “ese” sea, en sí mismo, el lugar en el que hemos de estar para su efectividad. En palabras de Nancy: que “(...) ahí se encuentren los unos *con* los otros o *entre* ellos, siendo el *con* y el *entre*, precisamente, no otra cosa sino el lugar mismo, el medio o el mundo de existencia” (Esposito 2007)(p.17). Es ese el lugar del sentido: “Ser-con es tener sentido”. La ciudadanía, entonces, se concibe como la dotación de sentido de que se carga la existencia en cuanto el estar abierto a ser con el otro. Como ya se ha dicho, somos seres sociales, la individualidad es condición connatural de la existencia, pero en el estar con el otro se precisa el sentido de existir.

Las bases que adquieren niños y jóvenes, e incluso adultos ya formados, cuando tienen la oportunidad de participar en procesos de exploración de lo sensible y reconocer, desde los lenguajes artísticos, sus propias potencias movilizándolas y recreándolas a partir de las relaciones y el encuentro con la colectividad, se convierten en insumos con los que gestionar y dotar de sentido su propia realidad. En la medida en que este sentido haga parte de la existencia habrá posibilidades de un ejercicio de ciudadanía en el que la participación en la colectividad se sustente en la comprensión de la relevancia del relacionamiento a través de lo sensible, de la percepción y agenciamiento con el otro.

¿Cómo indaga cada organización en el nivel de deseo de las personas que participan en sus procesos? ¿Cómo implementa estrategias para promover la autonomía y subvertir la heteronomía que suele implantarse en nuestros contextos sociales? ¿Existe una voluntad en las organizaciones de inquietar a sus beneficiarios en cuanto potenciar la toma de decisiones, la participación crítica y el deseo de transformación de las propias realidades? A estos interrogantes, debemos responder con plena convicción, que la indagación por el deseo de cada uno de los grupos articulados en la RCE, la implementación de estrategias para favorecer la toma de conciencia y la postura crítica, son el común denominador que reivindican como condición de posibilidad de una formación orientada en y desde el arte.

[1] BODENMANN-RITTER, C. (1998). Joseph Beuys. Cada hombre un artista. Conversaciones en Documenta 5 – 1972. Madrid, La balsa de la medusa. Editorial Visor.

[2] “(...) la aseveración “toda persona es un artista” no significa que toda persona sea un pintor. No, cada trabajo posee unas exigencias de calidad, para las que cualquier persona está capacitada, completamente diferentes. La creatividad, (...) engloba las capacidades más genéricas del ser humano y no una cualquiera en particular, como podría ser la pintura.” Mennekes, F. (1997). Joseph Beuys: Pensar Cristo. Barcelona, Herder.